

Introducción a la semana

El domingo que abre esta semana pascual viene llamándose 'el de las apariciones', pues en los tres ciclos la página evangélica nos muestra al Señor resucitado con los suyos, y en una comida compartida; no es de extrañar que las comunidades cristianas vean una alusión a la mesa abierta que es la eucaristía, 'donde comemos y bebemos el pan y el vino de la vida' como reza un himno de la Liturgia de las Horas.

Las lecturas de este tercer domingo pascual pivotan entre el valiente discurso de Pedro a la gente, aunque recortado en cuatro versículos, apretado resumen del contenido de la predicación apostólica, y un fragmento de la primera Carta de Juan donde pone en evidencia la contradicción entre afirmar que se conoce a Dios y no se guarda su Palabra. Buena oferta de ánimo para perder el miedo a vivir lo que decimos creer.

Las primeras lecturas de los tres días de la semana nos presentan a Esteban, mártir en el sentido más pleno de la expresión, que nos deja el admirable encargo de creer en el Dios que ha enviado a Cristo Jesús. En los restantes días, asistimos a episodios tan señeros como el de Felipe o el impresionante relato de la conversión de quien otrora se ensañaba con la Iglesia, Saulo de Tarso.

Los fragmentos evangélicos tienen el hilo conductor del profundo discurso del Pan de la Vida, que en el relato de Juan se apoya en la multiplicación de los panes y los peces. Ocasión para acoger en nuestro corazón a quien se nos da como alimento y mejor razón de vivir.

Lun
5 Evangelio del día
May
2014 Tercera Semana de Pascua

“La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que Él ha enviado”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo de hoy

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos.

Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Esteban realizaba signos y prodigios en medio del pueblo

El proceso de Esteban es un botón de muestra de la situación tan precaria en la que vivían los seguidores del Nazareno, pues contra la comunidad que se aglutinaba en torno a su nombre se había desencadenado una cruel enemiga sin cuartel. A Esteban le corresponderá el honor de ser el primer testigo de la Buena Noticia, testimonio avalado con su asateado final, resumen que nos brinda el texto de hoy. Y como buen seguidor del Maestro de Galilea, con Esteban se repiten similares argumentos acusatorios a los que usaron con aquél, hasta el punto de usar iguales en su dolor y pasión de idénticas expresiones. Pero a Dios Padre nadie le escribe el guión de su hacer, y Él, como Padre, explayará su fuerza en los que privilegia y a Esteban lo bendice con fuerza y gracia. Por eso, y en nombre del Padre, opera grandes señales en el pueblo (no otras que anunciar las bondades de Dios en su hijo Jesús, su predilecto); el Espíritu, además, dirá maravillas de él y su rostro transmitirá la experiencia del seguimiento de Cristo en forma de luz y paz, a modo de Moisés cuando hablaba con Dios. Esteban es un asequible ejemplo de que las promesas de Jesucristo se cumplen al dar su Espíritu en todos los que le siguen con buen corazón.

Trabajad por el alimento que perdura

El evangelio de Juan concentra en el vocablo *vida* todos los dones salvadores de Cristo, regalos de verdadera vida; y éste es presentado como dador de vida en los diversos rasgos que destacan en el discurso del *Pan de la vida*. Jesús responde a una cuestión más bien incidental con unas elevadas palabras que versan sobre el verdadero alimento que no perece y que nos será dado por el Hijo del Hombre. El misterio de Jesús provoca y su mensaje despierta inquietud, porque le cuestionan sobre cómo ha llegado hasta ese lugar y piden pan; y les responde que él es el genuino alimento, el Pan que ha venido del cielo, con lo que contesta y se ofrece, se descubre a sí mismo y da a conocer los dones de vida que atesora para sus seguidores. Las palabras finales son una sencilla y confiada hoja de ruta para los cristianos, donde pone el énfasis en la confianza absoluta que debemos al que el Padre ha enviado. En tal creencia encontramos el mejor alimento y sentido de nuestra vida: Cristo Jesús, el centro sobre el que gravita la vida de la comunidad creyente, y no sobre otra cosa.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Mar

6

May

2014

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Les dio a comer pan del cielo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1a

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.

Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo de hoy

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Pan del cielo les dio a comer"». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Oyendo sus palabras se recomían por dentro y rechinaban los dientes de rabia»

Nadie es profeta en su tierra. Los profetas molestan. No nos gusta que nos digan aquello que no queremos oír. Nuestras seguridades nos traicionan, nos hacen orgullosos y nos vacían de humildad. En el fondo de nuestro corazón, sabemos, conocemos nuestras debilidades y errores y oírlas, saberlas descubiertas, nos hace frágiles y nos asusta. En respuesta, cerramos nuestros oídos, callamos nuestras bocas y endurecemos nuestro corazón y nos atrincheramos tras la letra de la ley, las normas, observaciones, preceptos, ritos y cumplimientos porque así nos sentimos protegidos. Nos resistimos a la fuerza del Espíritu. Nos resistimos a mirar al cielo, como Esteban, y encontrar allí la fuerza para reconocer, para aceptar, para cambiar... para resucitar.

«Yo soy el pan de vida»

El auditorio de Jesús es de gente sencilla, a ras de tierra. Quieren pruebas concretas. Piden «signos». No salen de su horizonte habitual: trabajar, comer para vivir. Pero Jesús busca despertar en ellos, a partir de sus necesidades materiales, aspiraciones más altas.

Ellos hablan de pan ordinario. Es el que les preocupa, no entendían la vida sin él. Jesús les habla del Pan que baja del cielo y da vida al mundo. El Pan de Dios. Nuestro único alimento es el que viene de Dios. Y Jesús es ese Pan. Y comer el pan del cielo es creer en Jesús, hacerlo parte de nuestro ser más íntimo, de lo más profundo; comerlo y aceptar su camino y sus formas. Éste es el alimento verdadero que sustenta a la persona, que da un rumbo a la vida, y que trae vida nueva. Encontrarse con él es empezar a vivir. Verdaderamente, Jesús habla de otra vida.



Dña. María Teresa Fernández Baviera, OP
Fraternidad Laical Dominicana deTorrent (Valencia)

“Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 1b-8

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaria.

Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia; penetrando en las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres.

Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otra anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo de hoy

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a R. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera;

tocad en honor de su nombre,

cantad himnos a su gloria.

Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras!» R.

Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres. R.

Transformó el mar en tierra firme,

a pie atravesaron el río.

Alegrémonos con él,

que con su poder gobierna enteramente. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis.

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.

Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Reflexión del Evangelio de hoy

La ciudad se llenó de alegría

La iglesia naciente, con la fuerza de la experiencia de la Resurrección, es una iglesia misionera, que se siente enviada a anunciar que Cristo vive. Me pregunto qué es lo que en cada uno de nosotros el Señor Resucitado está movilizándolo, dinamizando, recreando. ¿Nos sentimos también enviados, urgidos a ser anunciadores de la Vida que la Pascua está haciendo renacer en medio de nuestro mundo?

No les fue fácil a los primeros que lo intentaron. El relato de hoy nos sitúa en un contexto de persecución que hace que algunos de ellos se dispersen, aunque no todos: los apóstoles permanecerán. Pero es precisamente como fruto de esta dispersión que el Evangelio de Cristo va a difundirse, extenderse a otros lugares. Y es que Dios se vale de toda situación, aunque aparentemente nos resulte negativa, para hacerse hueco en medio de la historia. Sólo se nos pide un poco de esa fe que ellos tuvieron y que nos han transmitido. A través de ella, la fuerza imparable del Evangelio va tocando los corazones de aquellos que reciben el mensaje. Una fe que opera a través de palabras y signos de vida y la gente sabe reconocer en ello el “olor” de Cristo llenándose de alegría. Sí, porque como dice el papa Francisco en el primer párrafo de su exhortación apostólica *“Evangelii Gaudium”* *“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”*.

¡Y cuánta necesidad tiene nuestra gente, tenemos nosotros mismos de encontrar la fuente de la alegría!

Que Cristo en esta Pascua renueve en nosotros el ardor misionero que nace de aquella experiencia que un día, para siempre, cambió el sentido de nuestra vida y que nos llevó a proclamar a otros con el corazón en ascuas, en tantos contextos y de tantas formas diversas, “¡Hemos visto al Señor!”

"El que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará nunca sed"

Mucho nos cuesta creer, aunque hayamos “visto”. Esto le sucede a la comunidad para la que está escrito el Evangelio de Juan. Por eso una y otra vez, el evangelista insiste en presentar a Cristo como aquel que es la Vida para el ser humano.

El relato comienza poniendo en boca de Jesús estas palabras: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará sed”. ¡Cuántas resonancias tiene para nosotros este símbolo de pan! El pan alimento de la vida cotidiana, ese pan que hoy tanto cuesta conseguir y que es tan necesario en nuestras mesas, el pan que unos tienen en abundancia y del que otros carecen. El pan lo valoramos cuando tenemos hambre y desde luego hoy el hambre es el drama mayor en nuestro mundo.

Quizás por eso resuenan con mayor fuerza estas palabras de Jesús, porque ¿acaso no es el mayor deseo del ser humano calmar el hambre, saciar la sed?

El evangelio de Juan está lleno de hombres y mujeres que tienen hambre, sed, que buscan y a los cuales el Señor se acerca y les va llevando a niveles más profundos del ser, a descubrir detrás de su hambre y su sed el deseo más hondo del corazón. Dios, a través de Cristo, nos busca, nos atrae hacia sí, porque no quiere que se pierda nada, porque como decía San Agustín, “Nos hiciste para ti y nuestro corazón están inquieto hasta que descanse en ti”.

¡Qué no se pierda nada..! Qué expresión más bonita y con más fuerza: que no se nos pierdan nuestros hijos, nuestra gente, que no se pierda tanta vida humana, que no se pierdan los sueños, las esperanzas; que no se pierda el amor entregado...

El Evangelio de hoy nos invita a creer y creer es dejar que Él, Cristo, nos encuentre, nos atraiga hacia sí, nos resucite, nos alimente; tener fe es ese “venir” a él, permanecer unidos a Él, como el sarmiento a la vid de la que recibe la savia que posibilita que tenga vida y dé fruto, porque “sin mí no podéis nada”.



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo

Jue 8
May 2014

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: Patrocinio de la Virgen María (8 de Mayo)

“El que cree tiene Vida Eterna”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 26-40

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

«Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto».

Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe:

«Acércate y pégate a la carroza».

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

«¿Entiendes lo que estás leyendo?».

Contestó:

«Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?».

Él invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

«Como cordero fue llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
así no abre su boca.

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra».

El eunuco preguntó a Felipe:

«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?».

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?».

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo de hoy

Sal 65, 8-9. 16-17. 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies. R/.

Los que teméis a Dios, venid a escuchar,
os contaré lo que ha hecho conmigo:
a él gritó mi boca
y lo ensalzó mi lengua. R/.

Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 44-51

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: “Serán todos discípulos de Dios”. Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Creo que Jesús es el Hijo de Dios”

El relato del bautismo del eunuco etíope es de tan fácil lectura que casi parece un cuento, lo cual puede llevarnos a quedarnos en lo puramente anecdótico y pasar de largo del mensaje profundo que encierra.

En este episodio vemos a la Iglesia acercándose a una “periferia”, tengamos en cuenta que los eunucos estaban excluidos de la comunidad cáltica israelita. Que un etíope, y además eunuco, reciba el bautismo supone un paso más en la expansión de la Iglesia. Una Iglesia sin fronteras de razas o condiciones de personas.

El protagonista sin duda alguna es el eunuco, pero fijemos nuestra atención en Felipe. ¡Qué fuerza tendrían sus palabras!... ¿Con qué entusiasmo hablaría de Jesús?... El texto nos dice que después de oírle predicar el eunuco le pidió el Bautismo y para demostrar que estaba preparado hizo su confesión de fe: “Creo que Jesús es el Hijo de Dios”.

Este hecho nos debe llevar a revisar nuestra predicación. Todo cristiano está llamado a anunciar el Evangelio y a dar testimonio de Jesús entre los que lo rodean. ¿Qué Jesús anunciamos?... ¿Nuestras palabras hacen decir a los que nos escuchan que Jesús es el Hijo de Dios?... No pasemos de largo que Felipe partiendo del texto de Isaías, concretamente del Cuarto Canto de Siervo, le anunció la Buena Noticia de Jesús. Jesús para Resucitar tiene que morir y en muerte de Cruz, humillado hasta el extremo. ¿Será que nuestra predicación no convence porque hemos olvidado la fuerza de la Cruz y la necesidad de pasar por Ella para gozar de la vida nueva que nos comunica el Resucitado?

“El que cree tiene Vida Eterna”

El anuncio del Pan de Vida que Jesús hace en su discurso en Cafarnaún es tan sorprendente que muchos, al oírlo, lo abandonaron porque no entendían lo que quería decir, les pareció demasiado duro ese lenguaje.

Hoy no tenemos ninguna dificultad para descubrir en estas palabras la revelación de la Sagrada Eucaristía, pero sin fe esta verdad es inadmisibile. En cada Misa después de la consagración aclamamos: “este es el misterio de nuestra fe”.

El pan y el vino consagrados se convierten en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Son una muestra del Amor que Dios nos tiene, y a la vez alimento espiritual que repara nuestras fuerzas desgastadas en el combate contra nuestra naturaleza herida por el pecado original y nuestros propios pecados

y debilidades.

Recibir a Jesús en la Comunión es un anticipo de la vida eterna, aquí y ahora podemos vivir la vida del Cielo, pero hemos de recibirla con fe, creyendo que Él está realmente presente. Jesús nos ofrece la Vida y tenemos que estar bien dispuestos para acogerla. Él ha venido para que tengamos vida en abundancia pero nosotros, ¿queremos de verdad esa vida? o por el contrario, estamos instalados en nuestras seguridades y tememos que nos complique demasiado.



MM. Dominicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Patrocinio de la Virgen María

La Iglesia ha invocado a la Virgen María « con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora » ya que su función maternal perdura sin cesar en la economía de la gracia y « con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. » (LG n. 62)

Como afirma el MO fray Humberto de Romans: «La Virgen María fue una grande ayuda para la fundación de la Orden y se espera que la lleve a buen fin» (Opera, II, 70.71). Por ello la Orden de Predicadores reconoce desde sus inicios la protección de la Virgen y «no duda en confesarla, la experimenta continuamente y la recomienda a todos —frailes, hermanas y laicos— para que apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador » (LG, n. 62) para llevar a cabo la difícil misión de la salvación de los hombres.

La celebración del patrocinio de María en la Orden se celebró en la liturgia en coincidencia con el aniversario de la bula de fundación de la Orden el 22 de diciembre de 1216, pero ante la debida preferencia de las ferias de Adviento inmediatas a navidad, se propone su celebración en este día del mes de mayo – dedicado a la veneración especial de María- pues también en este día diversos calendarios litúrgicos de otros propios ya celebran diversos títulos de María.

Liturgia de las Horas. Propio O.P., pp. 722-723.

Vie
9
May
2014

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Este es el pan que ha bajado del cielo ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo de hoy

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

Hoy San Lucas nos relata una de sus tres “versiones” de la conversión de Saulo de Tarso en San Pablo. Muy importante debió ser Pablo para Lucas y los primeros cristianos, y no fue para menos. Otra sorpresa del “sorprendente” Dios: hacer de su aparentemente peor enemigo su más fiel discípulo y seguidor. Y al asombro del gesto divino, siguió la respuesta de Saulo y la acogida de la comunidad de Damasco. En el Evangelio, tenemos el tema del “pan de vida”, de la eucaristía. Jesús les había hablado a los judíos que le escuchaban del Padre y de él. No fue fácil para ellos encajar aquella doctrina nueva que les resultaba tan extraña. Hoy les propone algo más difícil todavía para ellos: comer su carne, beber su sangre. Y no como una bella teoría, sino la realidad donde se va a decidir lo más importante: la vida, la vida eterna.

Pablo y Esteban

El paralelismo entre Pablo y Esteban es perfecto. El último argumento o excusa para que se consumara el martirio de Esteban fue su afirmación: “Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre, de pie, a la derecha de Dios” (Hch 7,54). Con el agravante de que esto lo dijo, según los Hechos, “lleno de Espíritu Santo”. Saulo participaba guardando las capas de los que apedreaban a Esteban. Y no porque no creyera en “la gloria de Dios”, sino por creerla exclusiva de Yahvé.

Más tarde, en el camino de Damasco, Saulo, deslumbrado por una luz tan fuerte que le provocó puntualmente la ceguera, comprendió la veracidad de las palabras de Esteban. También él oyó una voz, no de Yahvé, sino de Jesús, que le hizo comprender inequívocamente su divinidad.

Esteban vio al Hijo del hombre, a Jesús, al Cristo. Pablo, físicamente ciego, no pudo verlo entonces, sólo le oyó. Pero, su ceguera le ayudó a redescubrirlo en los hermanos, uniéndose así a la experiencia de Esteban. Desde entonces, no hará otra cosa Pablo que atestiguar con su palabra, con su pluma y, al final, con su sangre, la gloria de Dios, la filiación divina y la fraternidad humana.

Pan y vino. Fiesta familiar. Alimento particular y comunitario

Vida, vivir, son conceptos análogos. De ahí que la “calidad de vida” sea entendida y procurada de forma análoga. Jesús también nos ofreció su versión sobre qué entendía por vida, plenitud de vida, calidad de vida, vida ahora y después o, lo que es lo mismo, vida eterna: “Yo soy el pan vivo”, un pan lleno de vida, “el que me come, vivirá por mí”, su vida se mantendrá de la mía; “el que coma de este pan vivirá para siempre”, ahora y después. Jesús se presenta como fuente de vida siempre, particularmente en la eucaristía como alimento. O sea, que en Jesús, si nos acercamos a él, no encontraremos tanto una doctrina o una sabiduría, que también, cuanto Alguien capaz de asegurar, apuntalar y consolidar nuestra vida en todos sus anhelos, nuestra vida eterna.

¿Cómo? Revalorizando y dando un sentido nuevo a la comida humana, a la reunión familiar en torno a una mesa, donde lo fundamental no es el comer sino ese ambiente, esa atmósfera que se crea en torno a una mesa donde hay pan y vino, ambiente creado por los comensales. Jesús, consecuente con este sentido de la mesa familiar y en el contexto particularmente sagrado que tenía en su tiempo y en su pueblo, nos ofrece su vida y su persona en una nueva comida en la que va a estar presente su Padre y él mismo en forma de Pan bajado del cielo y Sangre derramada por la vida del mundo.

Cuando un padre pone pan y vino sobre la mesa de sus hijos, pone algo más que no ven los extraños y sólo perciben los hijos: su vida, su esfuerzo, su amor sacrificado. Los hijos bien nacidos lo notan, y, junto al pan y el vino, lo agradecen y reconocen. Pues esto que nosotros hacemos simbólicamente, Jesús nos lo ofrece simbólicamente y realmente en su nuevo Pan y en su nuevo Vino.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Sáb
10
May
2014

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: San Juan de Ávila (10 de Mayo)

“¿A quién vamos a acudir?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 31-42

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo.

Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un paralítico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla.

Pedro le dijo:

«Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho».

Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor.

Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba.

Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle:

«No tardes en venir a nosotros».

Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo:

«Tabita, levántate».

Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo de hoy

Sal 115, 12-13. 14-15. 16-17 R/. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

¿Cómo pagaré al Señor

todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,

invocando el nombre del Señor. R/.

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor

la muerte de sus fieles. R/.

Señor, yo soy tu siervo,

siervo tuyo, hijo de tu esclava:

rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,

invocando el nombre del Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Eneas, Jesucristo te da la salud”

La primera lectura nos presenta a Pedro realizando dos milagros... “esto se supo por toda Jafa, y muchos creyeron en el Señor”. Desde el principio de la iglesia, ha habido seguidores de Jesús a los que se les ha concedido la gracia de realizar milagros. Es cierto que algunas personas, como lo indica este texto, creen en el Señor gracias a estos milagros que es quien está detrás de ellos: “Eneas, Jesucristo te da la salud”. Creen que Jesús es el Hijo de Dios. Pero la inmensa mayoría de seguidores de Jesús no hemos tenido ocasión de ver en directo ningún milagro de sus discípulos.

La vía normal que tiene Jesús para que creamos en él es salir a nuestro encuentro y mostrarnos “su vida, muerte y resurrección”, mostrarnos sus palabras que nos llevan a la vida y vida en abundancia, mostrarnos su amor desbordante que llega hasta hacerse nuestro esclavo y lavarnos los pies... Solo el Hijo de Dios puede vivir, morir y resucitar como lo hizo Jesús, el que continuamente está en comunión con su Padre, el que le resucitó al tercer día. “Tú me sedujiste y yo me dejé seducir”.

“¿A quién vamos a acudir?”

El evangelio de hoy nos devuelve a la auténtica realidad que vivió Jesús en su predicación. Lo sabemos pero, con frecuencia, se nos olvida. No todo el mundo que acudía a él quedaba prendado de sus palabras y le acogía, no todo el mundo que empezó a seguirle lo hizo hasta el final. Hoy vemos cómo un grupo de sus seguidores le abandona. No son capaces de aceptar lo que les indica Jesús: “Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?... desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él”. Pero Jesús, que quiere discípulos convencidos y ganados por su amor, se atreve a preguntar a los que quedaron: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Conocemos la respuesta de Pedro, que también a nosotros nos brota desde lo más profundo de nuestro corazón cautivado por Jesús: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes Palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Juan de Ávila

Una obra de Dios

[...] Es Dios quien hace los santos y en aquel siglo, especialmente en España fue, especialmente generoso, pues solamente entre los canonizados nos encontramos con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, con Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Luis Bertrán, San Diego de Alcalá. No pocos de ellos conocieron y veneraron a Juan de Ávila. A todos y a cada uno los llevó Dios por senderos distintos, aunque todos desembocaban en una misma meta: la santidad, es cierto que con irisaciones de diversos colores.

Y a Juan de Ávila le hizo «Maestro ejemplar para su pueblo. Para el pueblo de Dios, que no se contrapone a la jerarquía, sino que la incluye, porque hasta los pastores, como diría San Agustín, también son ovejas, son cristianos con los demás cristianos, necesitados de fe, esperanza y caridad. Y ese misterioso título de maestro que le acompañó siempre, no es un mero título académico, sino un reconocimiento unánime de un magisterio que iluminaba con sus luces a papas, obispos, concilio, sacerdotes y cristianos, escogidos o humildes miembros de aquellas masas que por esos pueblos de Andalucía y Extremadura escucharon su palabra encendida. Maestro viviente de sus coetáneos, y también de las generaciones siguientes a través de sus escritos, tan apreciados por San Francisco de Sales, por el cardenal Berulle, por San Antonio María Claret, por el cartujo Molina.

Y ¿de qué mimbres se hizo Dios un santo y maestro? De un hijo único de familia acomodada, nacido en Almodóvar del Campo; de un estudiante de Leyes en Salamanca o de Artes y Teología en Alcalá; de su misacantano, ya sin padres, que repartió sus bienes a los pobres (1526); de un misionero frustrado de América, que no pudo acompañar al obispo Garcés acaso por razones de raza; de un hombre que inició su pre-dicación en Sevilla y por unas frases audaces tuvo que habérselas con la Inquisición. No solamente salió indemne de aquella prueba, sino que de aquellos meses de cárcel salió enriquecido con una comprensión del misterio de Cristo, que será nota distintiva de su espíritu. Dios y la vida misma fueron marcando su sendero, un sendero en alguna manera atípico: su preparación universitaria parecía encaminarlo al episcopado, a alguna prebenda catedralicia, a alguna cátedra universitaria, a una parroquia importante. Nada de ello conformará su vida; o porque no le llegó, o porque lo excluyó personalmente. Si quisiéramos definirla, no podríamos hacerlo mejor que recordando el tan lacónico cuanto expresivo epitafio de su tumba: *Messor eram*. Fue un segador, en el sentido evangélico de la palabra. Y aun me atrevería a decir que más propiamente fue un sembrador. *Exiit qui seminavit seminare semen suum*. Salió el sembrador a sembrar su semilla (Mt 13, 4). Su sementera comenzó en Sevilla (1528), siguió en Córdoba (1535), Granada (1536, 1539), Priego (1547), etc. A lo largo de estos años fundó tres colegios mayores universitarios y once menores. El de Baeza se transformó en universidad (1542); podría añadir, que en el primer Instituto de Pastoral. A punto estuvo de entrar en la Compañía de Jesús, donde iba a ser recibido como «arca del Testamento». Si lo hubiera hecho acaso no habría tenido que esperar cuatro siglos para alcanzar la gloria de la canonización. Pero no fue así, sino que, ya achacoso y enfermo, se retiró a esta Montilla, para aquí consumir sus últimos años, morir y ser sepultado (1554-1569).

Hombre de palabra

Su semilla, su único tesoro, era su palabra, una palabra saturada de meditación bíblica y caldeada en la oración, de la que salía «templado» para subir al púlpito. Predicó en ocasiones solemnes y en catedrales, y mucho más en templos rurales y en plazas. Sus sermones son ricos en doctrina, y al mismo tiempo realistas y acomodados al pueblo que le escucha. Instruye, persuade y conmueve, reprocha amorosamente el vicio de jurar, la explotación de los pobres, las injusticias de jueces y alcaldes, las deficiencias populares, los descuidos de los responsables de las familias, la ignorancia religiosa, etc. El año litúrgico con sus tiempos y fiestas (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, Corpus Christi, fiestas marianas o del santoral) le presta el marco para sus sermones. En ellos resuenan las verdades fundamentales, la redención, el misterio de Cristo, la gracia y el pecado, la conversión, etc., y cuando se dirige a sacerdotes, la vocación, el cumplimiento de los deberes pastorales, el ejemplo, la celebración eucarística, el celo pastoral.

Tiene el más alto concepto de la predicación, el misterioso ministerio de la palabra, «el medio para engendrar y criar hijos espirituales. «Faltando éste —dice—, qué bien puede haber sino al que vemos; que en tierras donde falta la Palabra de Dios —y de esto debía saber no poco por experiencia— apenas hay rastro de cristiandad». Se adelanta al Tridentino y sigue entre otros a Erasmo al asentar que la predicación personal es el deber principal de los obispos. Y en lógica consecuencia buscará los medios de formar predicadores según su espíritu, así como confesores: dos pilares del ministerio sacerdotal en los que debiéramos pensar.

«Maestro ejemplar por la santidad de su vida y por su celo apostólico». El texto litúrgico parece disociar y acumular estos dos conceptos fundamentales del magisterio de Ávila. ¿Puede en un sacerdote darse santidad de vida sin celo apostólico, o celo apostólico sin santidad de vida? Juan de Ávila cree lo que dice y vive de ello; y dice lo que cree y tiene arraigado en su espíritu. Aun sin el color personal de sus afirmaciones, sus escritos segregan convicción profunda, autenticidad, no hábiles juegos literarios, llenos de erudición, pero desprovistos de ese *quid* misterioso que convierte en sacramentales los escritos de los santos. «Predicador evangélico», lo llama a boca llena fray Luis de Granda en su deliciosa biografía de San Juan de Ávila (*Vida del padre maestro Juan de Ávila*. Edibesa, Madrid, 2000), «y limpio espejo de las propiedades y condiciones que ha de tener el que usa este oficio». Lo dice él, que algún tiempo compartió «una misma casa y mesa» y notó de cerca 'sus virtudes, el estilo y manera de su vida'. La santidad del pastor, que es amor de Dios y amor de sus ovejas, se transforma necesariamente en celo apostólico. A propósito de su «amor entrañable a todos» dice fray Luis de Granada, que «cada uno pensaba que era el más privado de todos o singularmente amado. Porque así amaba a todos como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios. [...]

Santos y sabios sacerdotes

El primer Memorial enviado al Concilio de Trento (1551) con lógica implacable y hondo realismo señala la meta de sus anhelos en punto a reforma. «Lo que este santo concilio pretende es el bien y reformación de la Iglesia. Y para este fin, también consta que el remedio es la reformación de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio de este santo concilio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere. Pues sea ésta la conclusión: que se dé orden y manera para educarlos que sean tales; y que es menester tomar el negocio de más atrás y tener por cosa muy cierta que, si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos; y si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de los criar tales y tomar el trabajo de ello. Y si no, no alcanzará lo que

desea». Y líneas más tarde recalca la conclusión apuntada, sin duda ni escrúpulo: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad». Así de claro y contundente habla San Juan de Ávila al Concilio.

Esperaba que el Concilio diese orden de cómo los sacerdotes fuesen tales como su ministerio requería. Mas, dar orden era mucho más que dar órdenes. El Concilio, los concilios anteriores, los sínodos diocesanos y provinciales precedentes, llevaban un siglo dictando preceptos y cánones, reiteradas leyes, acompañadas de censuras graves, que tantas veces resultaban papel mojado, y de ahí su reiteración. La santidad no brota por decretos positivos, ni menos bajo amenaza de penas. Mucho había meditado San Juan de Ávila sobre este empeño infructífero de la Iglesia y su meditación le conducía a una conclusión pesimista:

«El camino usado de muchos para reformatión de comunes costumbres suele ser hacer buenas leyes y mandar que se guarden so graves penas; lo cual hecho, tienen por bien proveído el negocio. Mas, como no haya fundamento de virtud en los súbditos para cumplir esas buenas leyes, y por esto les son cargosas, han por esto de buscar malicias para contraminarlas, y disimuladamente huir de ellas o advertidamente quebrantarlas. Y como el castigar sea cosa molesta al que castiga y al castigado, tiene el negocio mal fin, y suele parar en lo que ahora está: que es mucha maldad con muchas y muy buenas leyes.»

No faltaban buenas leyes emanadas de papas, sínodos, concilios. Y en verdad no podemos despreciarlas. Al fin representan una cota de exigencia, una aspiración y deseo, refrendados por altas instancias. Mas la recepción fructífera de las leyes o, de otra manera, su cumplimiento y eficiencia, encontraban fuerte resistencia en la falta de voluntad de cumplirlas así como en costumbres inveteradas y difíciles de cambiar.

«¿Qué mejores leyes —dice más adelante— puede haber que las que hay hechas cerca de la santidad, y letras y régimen de toda la Iglesia? ¡Qué de penas están puestas para los transgresores de esas buenas leyes! Y con todo esto, no hay quien ignore cuán malos, cuán ignorantes y desordenados estamos los eclesiásticos.»

Trento había mandado que los curas explicasen el Evangelio a sus parroquianos. Los más no lo entienden —dice Ávila—, «y hay algunos de tal vida, y conocida por tal, que no osarán hacer esto; o si lo hacen, se seguirá más escarnio de ellos o de lo que predicán, que daño de no predicar. Y habrá muchos parroquianos que solamente por no oír declarar el Evangelio por personas de quien tan mal concepto se tiene, dejarán de ir a la Iglesia a la misa». Razón tiene al decir que »aprovecha poco mandar bien, si no hay virtud para ejecutar lo mandado».

Y los achaques del mandar afectan al propio concilio, que solamente podrá ser fecundo si encuentra sujetos bien dispuestos que acepten sus directrices: «Si quiere, pues, el sacro concilio que se cumplan sus buenas leyes y las pasadas, torne trabajo, aunque sea grande, para hacer que los eclesiásticos sean tales, que more en ellos la gracia de la virtud de Cristo; lo cual alcanzado, fácilmente cumplirán lo mandado. Mas, aquí es el trabajo y la hora del parto, y donde yo temo nuestros pecados y la tibieza de los mayores —alude a los obispos—. Que como hacer buenos es negocio de gran trabajo, y los mayores, o no tienen ciencia para guiar esta danza, o caridad para sufrir cosa tan prolija y molesta a sus personas y haciendas, conténtanse con decir a sus inferiores: "Sed buenos; y si no, pagármelo heis"; y no entienden en ayudarles a serlo. Porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; mas el llevar a costas flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad... Y pues los prelados con clérigos son como padres con hijos, prevéanse el papa y los demás en criar a los clérigos como a hijos, con aquel cuidado que pide una dignidad tan alta como han de recibir. Y entonces tendrán mucha gloria en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros».

Ardua era la tarea de lograr clérigos en que quepan las buenas leyes que están hechas y se han de hacer. Sin ello no duraba reforma alguna, 'por no tener fundamento».

La formación del sacerdote

Todo el programa de reforma de San Juan de Ávila apunta primordialmente a la elevación del nivel humano, intelectual y espiritual del sacerdocio. Por ello mismo estima que debiera ser el objetivo principal del concilio. Pero con enorme realismo afirma que es menester «tomar el negocio de más atrás». Más aún, tiene por cosa muy cierta que, «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos..., y si no, no alcanzará lo que desea». Afirmación clara que debiera gravitar o, mejor, estar escrita en letras de oro en nuestros seminarios», como aquellas otras del mismo escrito en que dice: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad».

Él fue el que, adelantándose a la célebre decisión del concilio en su última etapa, sugirió la necesidad de crear uno o más colegios en cada obispado que se dedicasen a esta labor fundamental. En ellos se educarían en honestidad de vida y recogimiento, en estudiar para convertirse en maestros y edificaciones de las almas. Más aún, piensa en una educación especial para los que se destinen a confesores y predicadores, oficio muy olvidado, aunque sea el instrumento para «engendrar y criar hijos espirituales». Se ha de cuidar mucho la selección de los candidatos, estrechar el acceso al sacerdocio, admitir para él solamente a los hábiles, no ordenar a nadie sin la debida preparación. Y él, universitario de Salamanca y Alcalá y amigo de las letras, se muestra prevenido contra las letras sin santidad: «Por experiencia conocen todos casi nunca haber dañado a la Iglesia el sacerdote selecto que no fuese letrado ni rico ni alto, y siempre le dañó mucho la malicia armada de letras y de dignidad.

Con el mismo realismo y buen sentido propone los medios económicos que sirvan para la creación de estos colegios o seminarios, algo que ni hizo debidamente el Concilio de Trento. Y así su mandato de creación de seminarios, algo que por sí sólo hubiese justificado aquel concilio en opinión de un historiador, no se vio secundado por un cumplimiento generalizado. Uno y dos y más siglos tardaron algunas diócesis es-pañolas en cumplir este precepto tan vital.

Un sacerdocio difícil y heroico debía ser el horizonte de los candidatos. Y no está conforme San Juan de Ávila, él de vida tan austera, con el común parecer de su época, de que convenía que los eclesiásticos fuesen ricos y autorizasen sus personas con signos externos que las hiciesen respetables. Algunos pensaban que tal apariencia era conveniente a la honra de Cristo y de la Iglesia, como por ejemplo fray Melchor Cano.

Si esto fuese verdad —dice Ávila—, habría que concluir que Cristo no la honró, pues se trató al revés de lo que éstos suponen. «La honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor no sólo en lo interior, sino también en lo exterior». Y si no fuese suficiente el criterio evangélico, apela al juicio certero del pueblo: si quisieran «oír lo que dice de ellos el vulgo». Si lo escuchasen debidamente, «no dirían que con estas cosas son ellos estimados y, mediante ellos, la Iglesia; antes entenderían cómo por esto son desestimados y tenidos por profanos y juzgados por malos, aun de los muy ignorantes". Vida sin mendicidad ni riquezas propone San Juan de Ávila para los eclesiásticos. La estimación debida de los mismos obispos no consiste en las pompas «que ellos llaman honra de la Iglesia»; han de buscar otros caminos por los que merecen la estimación y la Iglesia por ellos.

Es una idea muy erasmiana y Avila, alumno de Alcalá, tuvo ocasión de leer a Erasmo, quien remite la «sublimitas» episcopal al modelo apostólico, y no a palacios y carrozas, como ocurría en su tiempo.

Muchas más cosas podrían decirse de este celo reformista de San Juan de Ávila, convencido como estaba de que la causa de los males y herejías de su tiempo era en buena parte efecto de los pastores negligentes y de falsos profetas o falsos enseñadores, brillantes pero vacuos, sin tener en cuenta cómo edificar el corazón con aumento de fe, esperanza y caridad, condescendientes con vicios y vanidades, responsables de que la gente haya perdido la estima de ellos y luego la fe misma en la Iglesia. Y ¿cómo no había de pensar así quien asienta como un axioma: «Ordenanza es de Dios que el pueblo esté colgado en lo que toca a su daño o provecho, de la diligencia y cuidado del estado eclesiástico»?

No voy a dar un repaso a las múltiples iniciativas pastorales concretas de San Juan de Ávila, positivas las más, como las encaminadas a suscitar una amplia labor catequética de niños y adultos, sobre niños y escuelas, sobre catecismos en lengua vulgar, educación de niños pobres, huérfanos y perdidos, especial atención a los campesinos, libros de lecturas, culto a la Eucaristía y comunión frecuente, sobre la vida consagrada de religiosos y religiosas; negativas otras, esto es, encaminadas a corregir abusos cerca del matrimonio, de la facilidad con que se admitía a la primera tonsura, de los derechos de las audiencias, de las exenciones, de las composiciones que amparan hurtos y engaños, de las indulgencias por cosas ligeras, de las excesivas excomuniones por causas livianas.

José Ignacio Tellechea Idígoras

El día **11 de Mayo de 2014** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).